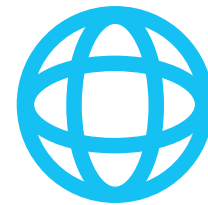


LA VERDAD



QUINTANA ROO



RETRATO ÍNTIMO DE UNA MADRE INQUEBRANTABLE

Escrita a cuatro manos, esta serie narrativa se enfoca en la fortaleza de una madre que busca a su hija. Es el retrato de la resiliencia y de cómo se transforma el dolor en esperanza. Cuando el 21 de julio de 2022 desapareció su hija Fernanda, en el municipio de Isla Mujeres, a Deysi Blanco se le acabó el mundo. O eso creía. Inmersa en su oscuridad, ni siquiera sabía de lo que puede ser capaz para encontrarla. **7-9**

Miércoles 18
CAPÍTULO 1: AQUÍ MURIÓ DEYSI BLANCO

Jueves 19
CAPÍTULO 2: UNA NIÑA DE ORO QUE PROTEGER

Viernes 20
CAPÍTULO 3: DESAFIAR AL MIEDO HASTA ENCONTRARLA

CERTIDUMBRE A FAMILIAS

ENTREGAN TÍTULOS EN LA ZONA MAYA

La justicia social llegó a familias de Mayabalam y Kuchumatán, dos comunidades mayas de Felipe Carrillo Puerto, quienes recibieron sus títulos de propiedad de manos de la gobernadora Mara Lezama, tras una espera que se extendió durante décadas. **2**

“Se está saldando una deuda histórica, porque debieron tenerlos en sus manos hace mucho tiempo”.

MARA LEZAMA
Gobernadora



+ INFO
Fortalece Lezama atención a mujeres víctimas.

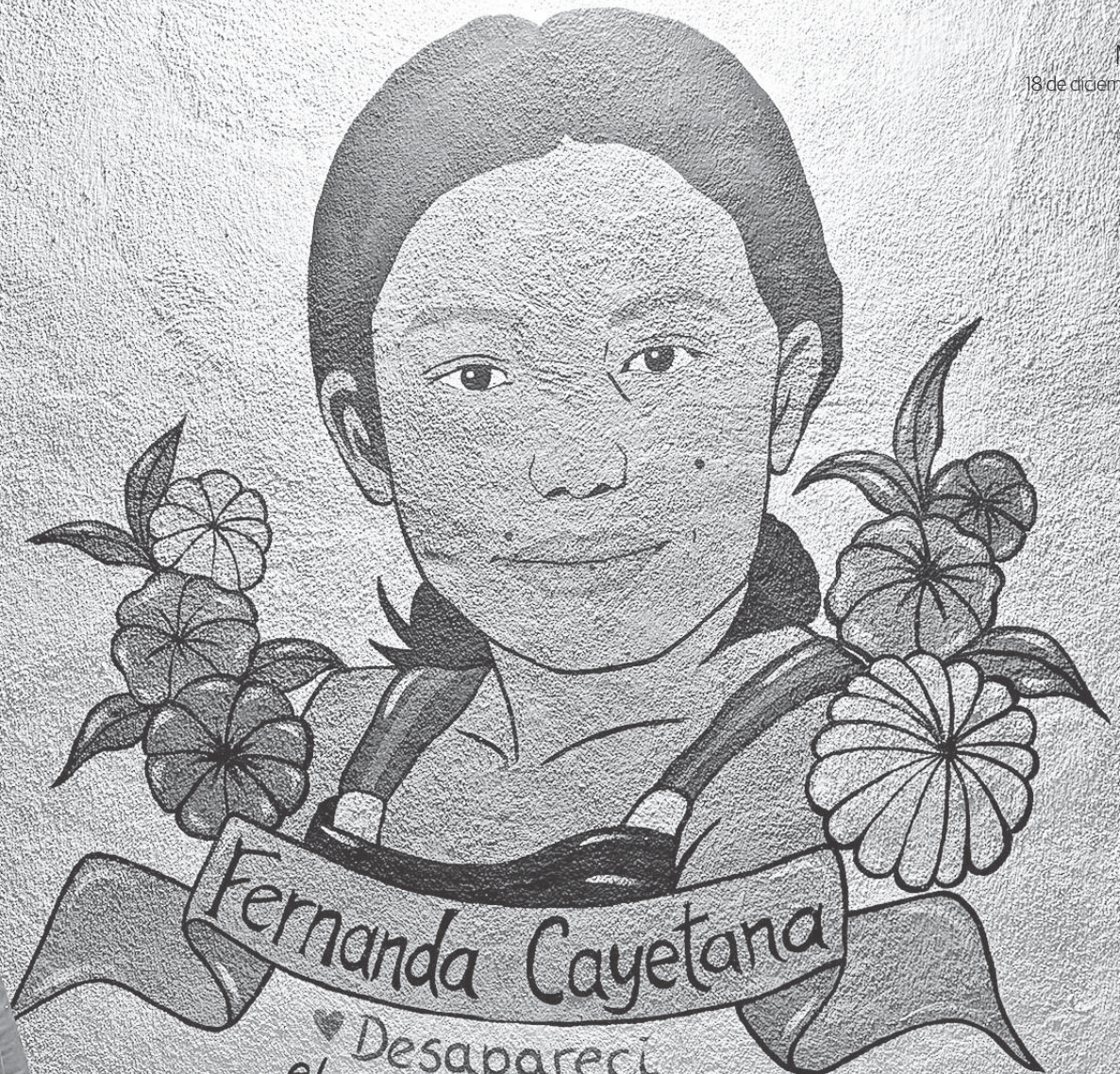


YA HAY PRESUPUESTO

En Cancún, el Cabildo aprobó el presupuesto para 2025, que es de 7 mil 636 mdp, 18% más que este año. **10**

16
PIROTECNIA EN NAVIDAD: RIESGOS Y RECOMENDACIONES





♥ Desaparecí
el 21 de Julio de 2022
Hasta la fecha no
me han encontrado ♥

AQUÍ MURIÓ DEYSI BLANCO

Su nombre es ahora un símbolo de fortaleza y resiliencia. Devastada por la desaparición de su hija, enfrentó el abismo del dolor y la desesperación, pero encontró en su sufrimiento la chispa para renacer con un carácter indomable. Esta es la historia de una mujer que convirtió el dolor en esperanza.

PACO MARÍN | JAVIER QUINTERO

«Quemé todas las cortinas de mis ventanas, de mi puerta, de mi baño. Ya no quería saber nada. Al quitarlas, dije: Mi hija no está muerta, mi hija está viva y la voy a encontrar».

La mañana en la que desapareció Fernanda, su hija de 12 años, Deysi Blanco trabajaba limpiando una calle porque la alcaldesa de su ciudad haría una aparición en público. Esa vez, un enjambre de abejas la atacó mientras barría. Múltiples piquetes en el cuerpo. No sintió ningún dolor. Era como si el dolor se le hubiera escapado.

El 21 de julio de 2022 era un jueves sofocante en el verano caribeño de Isla Mujeres y Deysi Blanco sintió por primera vez que se le fue el alma. Comprendería todo después. El cuerpo hinchado de agujijones, sus compañeros gritando con ella, una ambulancia en camino y su teléfono sonando.

—Mamá, la niña desapareció. Presiento que algo le pasó a la niña —le avisó Laura, su hija mayor, en una llamada directa que no daba lugar a preámbulos.

—Ahora mismo voy para allá —le dijo, y no esperó la ambulancia.

De la calle que barría hasta su casa eran, cuando mucho, diez minutos en auto. A su patrón le pidió el favor de llevarla con urgencia.

—Siento algo. No sé qué está pasando, pero yo siento que a mi hija le pasó algo grave —le dijo.

Y se fueron.

Deysi Blanco, con diabetes e hipertensión, se calmaba a sí misma en el trayecto. Quería tener la cabeza fría para reaccionar y sabía que le podría dar un infarto. Dice que encima de la blusa veía su corazón latir y sentía escurrirle un témpano desde la cabeza hasta los pies.

Nunca, en sus 48 años, había sentido tanta angustia. Ni siquiera cuando nació Fernanda antes de tiempo. Siete meses tenía de embarazo. Era una niña frágil y la angustia la devoraba porque no podía amamantarla. Fernanda cabía en una mano y el pezón de Deysi parecía una montaña inalcanzable.

—¿Qué pasó? —le preguntó a Laureano Canul, su esposo, que la esperaba con la cara desencajada en la puerta de su casa.

—No sé. No encontré más a la niña —le respondió apenas.

—Toma mi bolso. Yo voy a buscarla.

Mucho antes de ser empleada del Ayuntamiento de Isla Mujeres, de casarse en la iglesia con Laureano y tener cuatro hijos —dos hombres y dos mujeres—, Deysi Blanco nació en Peto, Yucatán, el 26 de mayo de 1976. En su familia de nueve hermanos, su padre y su madre labraban la tierra, así que en la mesa casi siempre tenían algo para llevarse a la boca. Ella recuerda que no tuvo una infancia sencilla y la narra así:

«Soy la mayor de las mujeres y después de mí está una, dos, tres, sigue la cuarta. La más pequeña tenía 15 días de nacida cuando a mi madre le dio una embolia, y yo tenía ocho años, apenas iba a la primaria, pero tuve que dejarla para atender a los más pequeños. Entonces, básicamente, yo soy padre y madre para ellos, porque por eso yo dejé la escuela, porque mi mamá no podía mover la mitad de su cuerpo y ya no hizo nada por sí sola. Yo era una niña que no sabía qué hacer con una bebé y yo lloraba porque la bebé lloraba y los otros estaban pequeños. Entonces, siento que me quedé a la deriva. Yo nunca supe qué es abrazar una muñeca, porque mi muñeca era de carne y hueso».

Una niña que truncó sus estudios en el segundo grado, que hablaba maya y tenía la estatura de un instante, sacó fuerzas de donde pudo para ayudar a sus hermanos y a sus padres. Por suerte, también aprendía rápido y supo hacer tortillas con el maíz que desgranaba y que, más tarde, a regañadientes, sus hermanos llevaban al molino para convertirlo en masa. También aprendió a usar la licuadora que le prestó una vecina y a poner la cantidad exacta de leña en el fogón porque dos veces se le quemó el arroz.

«Cuando tuve los nueve, diez años, ya para mí era pan comido todo: a las cuatro de la mañana me paraba a limpiar todo el terreno, a barrer, a regar plantas, flores, porque eso me gustaba mucho, mis animales, tenía yo un marrano, tenía perros, pavos, gallinas, y temprano me paraba a criar antes de que mis hermanos se levantaran. Antes de irse a la escuela, les preparaba su desayuno, los llevaba a la escuela y cuando regresaba empezaba a hacer la comida».

A los 12 años cumplidos, la familia entera se mudó a Cancún, que empezaba su apogeo. Cancún era, al finalizar los ochentas, como un abrazo interminable del paraíso. Deysi Blanco aún les reprocha a sus padres que no la alentaran a retomar sus estudios y que, al contrario, la apoyaran cuando dijo que empezaría a trabajar. Su primer trabajo: niñera. Cuidaba a dos niños y le pagaban 25 centavos la jornada. También limpiaba casas y le pagaban más.

Nunca había dejado de trabajar, pero hace poco la despidieron del Ayuntamiento de Isla Mujeres, donde hacía la limpieza de las áreas públicas, con uniforme gris y escoba en mano. La presidenta municipal había sido condescendiente con ella, tras la desaparición de Fernanda, y le dijo que se dedicara a buscarla. Pero en agosto pasado, hace cuatro meses, su sueldo se esfumó.

Por todo esto, su infancia dura y la ausencia de su hija, dice que se aferró a la vida y así lo hará hasta el final.

Deysi Blanco tiene el nombre de las margaritas, por decisión del padre. Las margaritas parecían sus preferidas. Para describirla, hay que decir que es una mujer bajita, con hombros morenos que relumbran y rasgos que reflejan la esencia maya de la península de Yucatán: pómulos marcados, una mandíbula suavemente redondeada y una expresión serena que transmite fortaleza. Sus ojos oscuros y grandes parecen contar historias. Enmarcando su rostro, una cabellera negra y abundante que cae en ondas naturales y que añaden un toque de originalidad a su presencia.

La primera noche de la desaparición de Fernanda, en la casa de Deysi Blanco parecía que había un funeral. Amigos, vecinos y familia llegaron y pasaron la noche en vela. Esa noche se lloraba y todos se preguntaban qué había pasado. La casa estaba llena.

La casa: una construcción a medias que comienza a ras de calle y termina en dos cenotes que ahora están sellados. Su fachada amarilla parece desvanecerse al cruzar la puerta, revelando un interior austero con paredes de bloques de cemento y piso gris, una cocina sencilla, dos habitaciones grandes con ventanas que dan al patio, donde dos perras se hacen compañía y ladran a extraños. Se llaman Ninia y Chiquitina y a veces se escapan por la reja principal y se pierden por esa calle sin nombre de la colonia Nazareno, una vereda arenosa más que calle, repleta de arbustos donde se esconde una serpiente negra y donde aparecen con gracia palmeras de cocos amarillos que ya nadie recoge. A lo lejos, un perro persigue a dos gallinas, completando una escena rural que parece congelada en el tiempo, retrato de una vida pausada y sencilla. Al centro de la habitación de Deysi Blanco cuelga una hamaca roja. Junto a ella, un sillón gris, una cama pequeña y un altar que resguarda las fotos de Fernanda, protegida por la Virgen de Guadalupe, Jesús crucificado y los Reyes Magos.

Pero antes de que existiera el altar, la casa de Deysi Blanco se llenaba cada día. Vecinos iban a hacer oración y grupos de varias religiones se acercaban a lo mismo. En esos primeros días, ella sólo tenía fuerzas para eso. Aunque rezar ya no la consolaba, le abría las puertas de su casa a quien quisiera hacerlo. Era un autómatas que veía gente entrar y salir, pero nada más. Dejó de arreglarse. Ella, que vestía ropas limpias, se peinaba sus rizos, se pintaba los labios y las uñas de rojo y olía a vainilla con su perfume favorito, Opiro Exclusive, era ahora un despojo.

Un sábado en la noche la casa seguía llena y Deysi Blanco estaba sentada en el sofá gris de su habitación. Dice que subió los pies para recostarse y tenía los ojos entreabiertos, parpadeaba, pero no tenía alma. Uno de sus hermanos la vio tem-

“
Por encontrar a mi hija, soy capaz de quemar las patrullas y de tumbar la Fiscalía. Mientras yo no tenga una respuesta, ya saben lo que puedo hacer”.

“
A los 15 días de la desaparición, me empecé a reseca, los labios se me secaron bien feo. Me vi fatal, lloraba tirada en la cama porque ya no quería saber nada de la vida”.

DEYSI BLANCO

blar. Ella lo escuchó, muy lejano, decir «se va a caer». También le pareció escuchar a una tía decirle «te estoy hablando, ¿me oyes?». Y lo último que escuchó fue la voz de su hijo gritar «¡se cayó mi mamá!». Para entonces era el octavo día de la desaparición y Deysi Blanco no había tenido ganas de comer ni dormir. Dice que se le privó la mente, que dejó de respirar y que no sintió el golpe seco que se dio en el piso de cemento. Amaneció y abrió los ojos. Tenía suero intravenoso. No sentía ningún dolor, aunque la frente y un brazo estaban inflamados.

—¿Cómo te sientes? ¿Ya me querías dejar? —le preguntó Laureano, su esposo.

Deysi Blanco no respondió, pero se vio conectada al suero.

—¡Quítenme esto! ¡Quítenmelo o me lo quito yo! —gritó.

—Es para que te pongas bien y sigamos buscando a la niña —le dijo Laureano en un intento de tranquilizarla.

—¡Estoy bien! Mi cerebro ya captó, mi corazón ya captó, de que, como sea, voy a salir adelante, voy a luchar, voy a vencer lo que siento, todo este dolor.

—¡Tú puedes, claro que puedes! —la animó Laureano, ahogando el llanto, haciéndose el fuerte.

—Pero ya no llores, amor, porque si tú lloras y te derrumbas, me derrumbas. Tenemos que levantarnos y encontrar a la niña.

Deysi Blanco se desconectó la aguja y la vena brotó. Para detener el sangrado se puso la mitad de un limón. Desde ese

momento, afirma, encerró sus lágrimas y le dio paso a la ira. Se levantó de la cama, caminó dos pasos hacia el altar de Fernanda y creó su propio mantra:

«A partir de hoy, le juro a Dios y a la Virgen, enfrente del altar que le tengo hecho a mi hija, que hoy se secan las lágrimas de Deysi Blanco. Murió Deysi Blanco. Quienes la conocieron, ahora van a ver a otra persona, con mucho carácter, con un afán de buscar a Fernanda. Aquí murió Deysi Blanco y aquí le pido a Dios que no me cierre estos labios».

En una muestra de que iba en serio, arrancó las cortinas negras con las que había cubierto las ventanas y con las que se sumergió en su propia oscuridad. Dice que, cuando las quitó, sólo pensaba en Fernanda, en salir a buscarla y recuperarla. También pensaba en su nieto Cristófer, entonces de un año. Hoy tiene dos nietos por los que, asegura, se sigue aferrando a la vida. Cortinas abajo, Deysi Blanco les prendió fuego y su encierro terminó, las lágrimas se le secaron y escondió la noción del dolor. Ella está convencida de que aquella vez que la picó el enjambre de abejas, en el mismo instante que desaparecía Fernanda, había recibido una señal:

«Yo no sentía el dolor de las abejas, a lo mejor era una señal que me estaban mostrando y no lo supe interpretar en ese momento».

Sin dolor, sin lágrimas y llena de ira, Deysi Blanco también perdió el miedo, y así inició la búsqueda de su hija.

“

No lo voy a negar, de repente me caigo, me derrumbo, pero me levanto y me digo a mí misma que mi hija no está muerta, mi hija está viva y la voy a encontrar”.

“

Estaba en el trabajo cuando un enjambre de abejas me cubrió toda y me picaban, pero yo no sentía el dolor, a lo mejor era una señal que me estaban mostrando y no lo supe interpretar en ese momento”.

DEYSI BLANCO



UNA NIÑA DE ORO QUE PROTEGER



No solo fue el duro contexto de su nacimiento el que forjó un lazo inquebrantable entre Deysi Blanco y su hija Fernanda. Es todo: una infancia feliz, un corazón desbordante de nobleza, una vida sencilla donde la comunicación familiar fluye natural. Así, la familia entera está dispuesta a darlo todo por la más pequeña de casa y guarda la esperanza de que algún día regrese.

PACO MARÍN | JAVIER QUINTERO

El 5 de septiembre de 2009 nació Fernanda, prematura, de siete meses. A su mamá, Deysi Blanco, se le adelantó el parto porque tenía antecedentes de aborto. Si esto no hubiera pasado, Fernanda tendría hermanitos gemelos y habrían sido seis hijos en casa. Llegó a este mundo pesando un kilo. «Era una cosita tan pequeñita que, cuando lloraba, nada más se movía porque no le salía el llanto», recuerda Deysi Blanco. Para entonces, ya tenía experiencia como mamá. Veintidós años atrás, cuando nació Laura, la mayor de sus cuatro hijos, ni siquiera sabía que estaba embarazada. Su madre nunca le explicó nada de la vida. Sentía que le brincaba algo en la panza y pensaba que se había tragado un sapito sin darse cuenta. Laura nació pesando más de cuatro kilos. Sus otros dos hijos, también. Pero Fernanda, la menor, era tan diminuta que cabía en una mano, le faltaba desarrollarse y su boquita era un puntito de carne rosa. Incubadora un mes. Deysi Blanco no se quiso separar de ella, aunque médicos y enfermeras le decían que se fuera a casa. «¿Y si me la cambian o si regreso y me dicen que algo le pasó? No, yo me quedo aquí hasta que ella salga», les respondía. Una enfermera le enseñó a bañarla: se acomodaba a Fernanda en una mano y con la otra la enjuagaba, en un trato sobrecargado de delicadeza. Y para darle leche, Deysi Blanco se exprimía el pezón y le daba con una cucharita de metal que todavía guarda porque quiere entregársela a Fernanda el día que la encuentre. «Ella tendrá hijos», confía.

Cuando Fernanda cumplió tres años, Deysi Blanco decidió que era momento de agujerarle las orejas. Una niña hermosa con aretes, eso le hacía mucha ilusión. Mientras la cargaba en sus brazos, le puso hielo en los lóbulos y los masajeó hasta que se le entumieran. Fernanda no lloró, sólo hizo una mueca cuando penetró la aguja. Listo. Procedimiento terminado. «Nunca supo qué es el dolor», afirma la orgullosa madre. A Fernanda la cuidaba como oro y entre las dos se tejió una conexión muy especial.

En sus cumpleaños, le hacía su comida favorita: carnitas de puerco. Fernanda prefería reuniones familiares en vez de grandes fiestas con música. Y, a los doce, cuando entró al primer año de la secundaria, sus padres fueron más cuidadosos con ella. Salía a las ocho de la noche y, para que no se expusiera a los peligros, iban por ella en un triciclo. Fernanda se acomodaba junto a mamá, mientras papá pedaleaba por el amplio bulevar pavimentado que conecta a la vereda arenosa de su casa. Llegaban y se encerraban a cenar en familia. Algunas veces, Fernanda le pedía prestado el teléfono a su madre para grabar videos que nunca subía a TikTok. Cuando está triste, Deysi Blanco mira los videos y revive aquellos momentos.

—Déjame ir a trabajar, por favor, por favor, por favor —le suplicaba Fernanda a Deysi Blanco, juntando sus manos, con esa mirada con la que sabía que podía alcanzarlo todo.

—Bueno, si quieres ir, adelante. Pero este es el último día —le dijo, tajante, su madre.

Fernanda, con doce años, quería comenzar a comprar sus propias cosas, un teléfono celular, ropa, cosas de su edad, y pensaba que para eso debía trabajar. Detrás de su casa, vivía, desde hacía siete años, Marcos Antonio, un taxista que se entrenaba como taquero. Había emprendido un negocio de tacos cerca de ahí, junto a su esposa. Angélica, se llama ella.

“*Cuando ella nació, estaban cerradas sus orejitas, su boquita era una cosita tan pequeña que tenía yo que exprimir el pecho y con una cuchara le daba para que comiera*”.

DEYSI BLANCO

Y necesitaban a alguien que les ayudara a lavar los trastes, un trabajo simple de media mañana para el cual Fernanda estaba calificada. El 18 de julio de 2022, tres días antes de su desaparición, empezó a trabajar y para eso debía ir a la casa del matrimonio, caminaba unos pasos, doblaba a la derecha en la esquina y avanzaba hacia la calle trasera, también de terracería, arbustos, palmeras con cocos y perros. La casa, de construcción rústica, tiene un ventanal de arco en la fachada y una puerta que se cierra con cadena de acero y candado. Fernanda entraba, lavaba los trastes y los acomodaba, y al terminar volvía a su casa para desayunar con su papá y arreglarse para ir a la escuela porque entraba a la una. Por cada día trabajado, Marcos Antonio le prometió que le pagaría 250 pesos, un ingreso adecuado para un trabajo sencillo.

La noche anterior a su desaparición, Fernanda le contó a su mamá que había notado que Marcos Antonio la miraba. La recorría con la agilidad de un escáner, de los pies a la cabeza, y se relamía los labios. Fernanda estaba incómoda.

—Entonces, ya no quiero que vuelvas a esa casa —le ordenó Deysi Blanco.

—Pero ya trabajé tres días. No le voy a regalar 750 pesos de tres días trabajados —respondió Fernanda, juntó sus manos y suplicó una excepción.

Esa noche se durmieron temprano, porque Deysi Blanco se levantaría a las cinco de la mañana para arreglarse y estar en su trabajo a las siete. Antes de irse, fue a la cama de Fernanda y se despidió con un beso.

—Oye, mi amor, ya me voy, ahí desayunas con papá —le dijo.

—Hasta al rato, mami —le respondió Fernanda, y se volvió a acomodar en la cama para dormir más.

Unas horas más tarde, el enjambre de abejas atacaba a Deysi

Blanco en la calle, recibía la llamada urgente de Laura, su hija, para avisarle que no encontraban a Fernanda, y recorría el trayecto del trabajo a su casa para comenzar una búsqueda tan eterna como angustiante. Pensó, primero, en llamar a Angélica, la esposa de Marcos Antonio, para preguntarle por Fernanda. Ella le dijo que no sabía nada, que no había estado en casa durante la mañana. Deysi Blanco también le contó que la puerta estaba cerrada con candado. Angélica le autorizó romperlo y entrar, bajo el argumento absurdo de que, tal vez, Fernanda se habría desmayado y estaba inconsciente en el suelo. «Era ilógico, porque si estaba desmayada no pudo haberse encerrado con candado por afuera», recapacitó Deysi Blanco. Volvió a su casa y le dijo a Laureano, su esposo, que Fernanda no aparecía, que algo grave estaba ocurriendo. Pasadas las dos de la tarde, fue a la Fiscalía y pidió ayuda al grupo especial que atiende a víctimas de violencia de género, el Geavig. Llegaron a la casa de Marcos Antonio, rompieron el candado y entraron. Adentro estaban los trastes lavados y acomodados, una señal inequívoca de que Fernanda sí había ido a trabajar. También había un plato con comida. A Deysi Blanco le pareció extraño porque Fernanda sólo desayunaba en casa, con su papá, y se suponía que ni Marcos Antonio ni su esposa habían estado ahí durante la mañana. Sin rastros de la niña, más tarde se publicó la Alerta Amber, con el rostro que hoy es un ícono en logotipos, dibujos y murales, y su nombre y datos completos: Fernanda Cayetana Canul Blanco, 12 años, femenina, desaparecida en la zona continental de Isla Mujeres, tez morena clara, delgada, cabello negro, lacio y largo hasta los hombros, ojos café claros, 1.40 de estatura, 36 kilos, dos lunares visibles en el rostro, la frase «Al momento de su desaparición vestía short rojo y chanclas azules con estrellas, sin tener más información» y un número telefónico para recibir

“Aquí en el altar yo hago oraciones para que me hagan el milagro de que regrese conmigo. No me importa el tiempo que sea necesario, pero que regrese”.

DEYSI BLANCO



pistas: 998 881 7150.

A las seis de la tarde, llegaron Marcos Antonio y Angélica a la casa.

—No, yo no la he visto. Todo el día no la he visto, vecina. Yo no sé nada de tu hija —afirmó él.

—Está bien, Marcos, pero si yo descubro que tú fuiste, no te la vas a acabar conmigo. No me voy a poner a llorar. Aunque me estás viendo destrozada, me voy a sobreponer —lo encaró Deysi Blanco.

A las once de la noche, llegaron peritos a la casa a hacer la prueba del luminol. Deysi Blanco afirma que hallaron rastros de sangre.

Cuando se fueron a vivir a la colonia Nazareno, Deysi Blanco y Laureano Canul tenían tres hijos y un terreno donde comenzar a construir su hogar. Aquello era una selva con cenotes y unas playas turquesas cercanas, embriagadoras de tanta belleza. Aunque pertenece a Isla Mujeres, la colonia no está en la isla, sino en la parte continental. Si no hubiera un arco en la calle y un letrero que da la bienvenida a la Zona Continental de Isla Mujeres, uno pensaría que sigue en Cancún. Dos municipios fusionados que comparten incluso el transporte público. Hace dieciocho años que llegaron a vivir ahí y hace ocho llegaron los padres de Marcos Antonio. Construyeron su casa en el terreno de atrás y Deysi Blanco les pasaba agua con una manguera porque ellos no tenían el servicio instalado. Ahí también conocieron a Marcos Antonio, quien poco después se quedaría con la casa y se iría a vivir ahí junto a su esposa. Había una buena relación vecinal. A ellos también les pasaban agua con la manguera. Por eso, cuando Fernanda quiso empezar a trabajar, Deysi Blanco sintió confianza y le dio permiso.

El viernes, al día siguiente de la desaparición, Marcos Antonio estaba declarando en la Fiscalía. Los vecinos de Deysi Blanco, que han sido solidarios y amables y quieren mucho a Fernanda, se organizaron para buscarla, primero en la colonia. Fueron casa por casa, a tocar puertas, pero no hubo señales. Después, revisaron los cenotes. Deysi Blanco asegura que hay una línea de cientos de cenotes grandes y pequeños, algunos secos y otros llenos de agua, donde días después buzos expertos de Canadá y de Estados Unidos se metieron a rastrear. «¡Aquí no hay nada!», gritaron. La búsqueda vecinal se adentró a la selva, pero tampoco había nada y nadie había visto a Fernanda. El sábado, la Fiscalía realizó un cateo en la casa de Marcos Antonio. Hubo perros olfateando todo. Aseguraron pruebas. Deysi Blanco no está segura de qué objetos aseguraron. Ese mismo sábado, temprano, hubo otra búsqueda en la selva. Habían llegado el Ejército, los marinos y la Guardia Nacional para sumarse a la batida, que se extendió a los barrios contiguos, Rosales, El Morro, y la avenida Rancho Viejo, que es amplia y muy larga, llena de pequeños comercios donde abundan los pollos asados. De noche, siguió la búsqueda e iluminaban las partes selváticas con lámparas gigantes, pero no hubo rastro de la niña. «La niña no está aquí, a la niña se la llevaron a otra parte, la sacaron», le dijo un buscador a Deysi Blanco, que ahora comprende: «Por eso no encontraron ni las chancas, ni el short, ni la blusa. Y ella llevaba en la mano una pulserita de tejido blanco, con unas bolitas blancas. Tampoco la encontraron. Es como si la tierra se hubiera abierto y se la hubiera tragado».

La angustia la sumía en un abismo. Deysi Blanco caía lentamente, pero no tocaba el fondo, se hundía en su desesperación y puso cortinas negras en todas las ventanas de su casa. Olga Romero, la vecina de la casa de enseguida, recuerda que aquellos primeros días de la desaparición de Fernanda fueron muy angustiantes para todos. Es vecina desde que llegaron al mismo tiempo a construir en Nazareno y han sido muy unidas. «No soy de las que andan visitando las casas, pero me llevo muy bien con Deysi y su familia. Desde que desapareció la niña, he estado al pendiente y a veces la ayudo». Olga Romero, que ya es grande y tiene diabetes, debe inyectarse insulina todos los días. Esta mañana de la entrevista, había olvidado la dosis y se sentía mal. «Póntela, no la dejes pasar», le dijo, preocupada, Deysi Blanco. Además, recordar a Fernanda le hace pasar malos momentos. Olga Romero llora también porque no tiene respuestas. «Yo a esa niña la quiero mucho, como si fuera mi hija. Venía a hacerme compañía, aquí dormía conmigo, le daba su desayuno, su almuerzo y su cena porque aquí se quedaba. Es una buena niña,

muy cariñosa, muy trabajadora. Cuando platicábamos, yo le aconsejaba que se cuidara mucho, que lavara su ropa, que ayudara a su mamá, lo que se le dice a una niña buena». La entrevista la interrumpe Cooper, un cachorro inquieto que no para de ladrar porque ha pasado atado la mañana entera. Olga Romero debe inyectarse la insulina y se va a descansar.

Laura Canul, la hermana mayor, también afirma que Fernanda es una niña buena. «Era como la princesa de la casa», dice. «Era». Hablar en presente es complicado, pero se esfuerza y se corrige a sí misma. «También peleábamos, como todos los hermanos, pero como hermana mayor reconozco que mi objetivo siempre era cuidarla». También se hacían bromas y se inventaban apodos, porque así son los hermanos. A Fernanda le dicen «Mosca» en alusión a los dos lunares oscuros que tiene en la cara. En venganza, ella apodó «Frijol» a Noé, el hermano que tuvo la osadía de ponerle ese mote y que es el más moreno de los cuatro: Laura, la mayor, de 22 años; Karim, de 20; Noé, de 18, y Fernanda, ahora de 15 años. Laura es madre de Cristofer, un niño juguetón de tres años que brinca en la cama, le gusta Peppa Pig, come dulces y mira videos en YouTube cuando está aburrido. Aunque no habla perfecto, él sabe cómo desbloquear el teléfono, abrir la aplicación y elegir el video favorito. Luego se acuesta a verlo y nadie lo interrumpe porque, entonces, una paz anhelada inunda la casa. Y Cristofer es parecido a Fernanda, no sólo en sus rasgos, sino también en su inteligencia. «Siempre Fernanda ha sido una niña muy inteligente. Yo veo su reflejo en mi hijo, la inteligencia, porque Fernanda era muy inteligente, era muy activa, era una niña que rápidamente captaba las cosas», dice. «Era».

Encerrada en su oscuridad, Deysi Blanco no hacía otra cosa más que culparse a sí misma. Laureano, su esposo, también. «Si no hubiera dejado ir a mi hija, creo que nada de esto hubiera pasado», se lamentaba, y lloraba y no quería comer. Se estaba secando de tanta tristeza, como Güero y Blanquita, los dos perros que Fernanda amaba y que se dejaron caer también. «Se secaron definitivamente los perritos, dejaron de comer. Murieron de tristeza y uno a uno se fueron secando». Hay una foto de Fernanda con Güero y Blanquita. Ella está sentada y los dos perros blancos con manchas cafés se alzan para alcanzarla y regalarle besos. Fernanda los abraza a los dos y parece que les habla. Tiene un gesto de ternura en su cara. «Es un golpe muy duro y no es tan fácil vivirlo. Tenemos la esperanza de, tal vez, algún día encontrarla», se lamenta también Laureano, 48 años, moreno, delgado, de ojos verdes y tristes. Cuando llega del trabajo y entra a su habitación, lo primero que ve es el altar con las fotos de su hija. Dice que es imposible olvidar. Y llora. «No es nada fácil vivir. A veces me siento a pensar si come o la están maltratando. No sabemos, solo Dios, y esperemos que nuestro Señor la bendiga donde sea que esté, que le dé salud y que algún día la podamos ver viva».

De Fernanda hay varias fotos familiares. En el altar hay una que le tomaron cuando amadrinó a un primo en su graduación de primaria. Esa vez estrenó un vestidito negro. Se ve serena, de pie. Pero también hay videos. El más reciente lo captó la cámara de videovigilancia instalada en una casa de la esquina y que ahora es parte del expediente judicial. La última vez que se la vio fue exactamente la mañana del 21 de julio de 2022 cuando iba rumbo a la casa de Marcos Antonio a trabajar. Es un video de diez segundos, filtrado desde la Fiscalía. Fernanda camina, tranquila, con short, blusa y sandalias, con la mirada sobre la polvorosa calle sin nombre del barrio Nazareno. Deysi Blanco afirma que el video dura más.

Desde que arrancó de sus ventanas las cortinas negras y les prendió fuego, desde que perdió la conciencia porque no había comido en una semana, desde que creó su propio mantra y se prometió no llorar más y convertir su dolor en esperanza, Deysi Blanco asumió la búsqueda de su hija y se sumó a colectivos donde otras madres también buscan a sus hijos desaparecidos en Quintana Roo. Eso ocurrió al día quince de la desaparición de Fernanda y desde entonces muchas cosas han pasado. Deysi Blanco se convirtió en investigadora, abogada, perito, psicóloga, apenas con dos años de educación primaria. Supo que debía hacerlo, cuando, un día, le avisaron que Marcos Antonio y Angélica, los principales sospechosos de la desaparición de su hija, habían huido.



“
Antes solo tenía el teléfono en la mano, porque pensaba que entraría una llamada de quien sea para decirme que la vieron en algún lugar”.

“
Siempre tendré esa esperanza, esa fe, de que la voy a encontrar. Viva o muerta, pero la voy a encontrar. Ese es mi sueño”.

DEYSI BLANCO



DESAFIAR AL MIEDO HASTA ENCONTRARLA

Para la Fiscalía, el nombre de Fernanda es uno de los 1,213 nombres de personas desaparecidas en Quintana Roo, pero para su madre es el motivo de una transformación profunda y la ausencia de cualquier atisbo de miedo y cansancio. Gobernantes, fiscales, jueces y el principal sospechoso de la desaparición de su hija han sido encarados por Deysi Blanco, la mujer que convirtió su furia en arrojo.

PACO MARÍN | JAVIER QUINTERO

Un millón de pesos. La ficha de búsqueda de Marcos Antonio decía que había una recompensa de un millón de pesos para quien diera información que permitiera su captura. Dieciocho días después de la desaparición de Fernanda, huyeron él y su esposa Angélica. Marcos Antonio ya había declarado ante la Fiscalía de Quintana Roo, en su casa se realizaron un cateo y un peritaje, y Deysi Blanco lo había encarado ahí mismo y le exigió que le dijera qué había hecho con su hija. Pero dieciocho días después se esfumó como la brisa. En la ficha de la Fiscalía está su rostro: redondo, oscuro, pómulos anchos, labios grandes y caí-

dos, orejas pequeñas, cabello corto y negro y una acentuada papada. Su nombre completo también está en la ficha, pero Deysi Blanco tiene prohibido pronunciarlo, bajo ninguna circunstancia, en entrevistas o protestas públicas. También está el número telefónico de la Fiscalía para que lo usara quien tuviera información. Nadie llamó.

Deysi Blanco, determinada a encontrar a su hija y habiendo superado quince días oscuros, sin comer, sin dormir y ahogada en llanto, le siguió el rastro a Marcos Antonio. Asumió el papel de investigadora y empezó a buscar pistas, a hacer llamadas telefónicas, a revisar las redes sociales de las personas más cercanas a él. Una pista, por mínima que fuera, le era demasiado útil. Había indicios de que estaba

en Valladolid, en el vecino Yucatán, así que imprimió cientos de fichas de búsqueda y le habló al presidente municipal para decirle que tapizaría las calles y todos los rincones con el rostro del principal sospechoso de la desaparición de su hija. «Hazlo, los policías te van a ayudar donde tú quieras. Si todo Valladolid me vas a tapizar, hazlo por tu hija. Te vamos a apoyar», le dijo el presidente. Si los indicios eran ciertos, Marcos Antonio debió sentir que estaban cerca de él y huyó de Valladolid, unos 900 kilómetros más lejos, hacia Chiapas, específicamente a San Cristóbal de las Casas. La Fiscalía de Quintana Roo también lo buscaba y Deysi Blanco tuvo, una semana después, una reunión con el fiscal adscrito a la desaparición de Fernanda. «Ya sabemos su ubicación. Está en Chiapas. Por la sábana de llamadas entre su familia y él nos dimos cuenta», le dijo Pedro Viveros, el fiscal del caso. Deysi Blanco, que tiene amigos en Chiapas, pidió que pegaran en las calles las fichas de búsqueda de Fernanda y de Marcos Antonio. A los siete días, empezó a recibir mensajes en su buzón de Facebook. Le avisaban que habían visto a Marcos Antonio y a su esposa en un templo de San Cristóbal de las Casas. Deysi Blanco les pidió más detalles, preguntaba sus rasgos físicos, cómo iban vestidos, dónde estaba ubicado el templo. Le mandaron fotos y sí, sí eran ellos, pero algo no

concordaba: él se llamaba Felipe y ella Elena, un matrimonio perfecto recién llegado y él fingía ser pastor. «Me mandan ubicaciones, dirección, el número de casa, cómo está la casa, dónde van a congregarse. Yo le mando todo a Fabiola Cortés y a Moisés Araujo, que son mis asesores, son únicos, y se ponen en contacto con la Fiscalía un miércoles. Para el jueves no teníamos respuesta de la Fiscalía y no sabíamos si iban a ir a Chiapas a detenerlo», recuerda la ahora astuta investigadora Deysi Blanco, con la fe muy firme y llena de esperanzas de abrazar de nuevo a su hija. De la Fiscalía le informaron que un equipo ya estaba de camino a San Cristóbal de las Casas y que lo único que debían hacer era esperar. Eran las seis de la tarde del 11 de noviembre de 2022 y aún no pasaba nada. A las nueve de la noche, uno de sus amigos de Chiapas le habló para darle la noticia. Marcos Antonio había sido detenido al salir del templo, mas no así Angélica, pues no había alguna denuncia contra ella. Angélica, después de eso, huyó.

Deysi Blanco está convencida de que, si no le hubiera seguido personalmente el rastro a Marcos Antonio, no lo hubiera detenido la Fiscalía. Lo reprocha en cada oportunidad, de frente, porque ya les perdió el miedo a las autoridades. «El gobierno es una porquería. Desde los hechos, la Fiscalía hizo muchas cosas de negligencia en el caso de mi hija», señala. Está molesta porque la Fiscalía busca muerta a la niña. «Se podían movilizar, revisar las cámaras del C5, seguirle el rastro a Marcos Antonio el día de la desaparición, pero, ¿qué hicieron?, nomás buscaban en el monte, no se dedicaron a buscar a Fernanda en vida, ellos querían encontrar un cadáver, ellos no querían encontrar una niña viva». Un día, le avisó la Fiscalía que repetirían un peritaje, y Deysi Blanco explotó: «No, señor, ya basta. Ya han pasado dos años y ningún fiscal, ningún ministerio público, ha hecho nada, la que ha hecho todo soy yo, he ido a preguntar casa por casa, por donde él estuvo pasando, hemos pegado fichas. A ver, ¿cuándo saliste tú, fiscal? Si yo no vengo a exigir la búsqueda de mi hija, ustedes no lo hacen. Yo tengo que exigir y hacer el trabajo por ustedes. Nosotras, como madres, buscamos a nuestros hijos, nosotras somos las que elaboramos las carpetas, nosotras somos las que entregamos todas las pruebas».

Recién desaparecida Fernanda, en Cancún estuvo el presidente Andrés Manuel López Obrador. Llegó a inaugurar una obra, y Deysi Blanco fue a plantarse al evento con la intención de verlo, pero unas rejas metálicas y la seguridad militar se lo impedían. Ella gritaba y consiguió su atención. Al terminar, el presidente se acercó a ella. Le pidió dos cosas: encontrar a

Marcos Antonio y sacarle la verdad, que dijera dónde estaba la niña. «Es lo único que estoy pidiendo en esta vida, no pido más cosas», le dijo. Él le respondió que sí, que lo iba a ver. También encaró a la gobernadora Mara Lezama. «Sí, sí se va a hacer, no te preocupes, mañana mismo yo veo, pero de que se arregla esto, se arregla, porque acaba de suceder», le dijo. Dos promesas de las autoridades de mayor rango a las que tuvo acceso, «pero todo fue tirado a la basura».

Detenido en la cárcel de Cancún, Marcos Antonio no quiso hablar. Dos años y medio después no ha querido hacerlo. Calla y baja la mirada cuando Deysi Blanco le pregunta de frente dónde está Fernanda. Lo ha visto, lo ha tenido muy cerca, se ha sentado junto a él, le ha mostrado que dejó de ser la persona humilde que se encerraba a llorar. Pero él no habla. En una audiencia, el juez le dio la palabra para que le dijera lo que quisiera a Marcos Antonio. Volteó hacia él y le dijo: «No te inclines, dame la cara. No sólo te estoy acusando, tú sabes que te llevaste a mi hija Fernanda, cuatro días la trabajaste y la desapareciste, nadie más la desapareció, tú fuiste, quiero saber tres cosas: ¿Violaste a mi hija? ¿Mataste a mi hija? ¿A quién se la entregaste? Si tú me dices que la mataste y la dejaste tirada en un lugar exacto, voy con las autoridades y recojo el cadáver de mi hija. Eso me va a partir la madre, pero en ese momento tú quedas libre». El juez, molesto, le pidió que se callara, que eso no era un careo, y le dijo a Marcos Antonio que no respondiera. Él le agradeció el respaldo del juez. «Gracias, señor juez, gracias por estar de mi parte». Deysi Blanco se llenó de ira y reclamó al juez que estuviera del lado del acusado. De la cárcel, ella y sus abogados se trasladaron a la Fiscalía y pidieron audiencia con el fiscal para contarle lo que había pasado. «Le dije que no quería volver a ver a ese juez miserable o, de lo contrario, no sé qué le voy a hacer a Marcos, aunque yo vaya a la cárcel». Ese mismo día relevaron al juez. Ahora hay una jueza a la que le piden audiencias, pero no las ha concedido.

Angélica, la esposa de Marcos Antonio, había huido. Deysi Blanco puso una denuncia para empezar su búsqueda. Era señalada como cómplice y podía aportar mucho a la investigación, así que la Fiscalía emitió una ficha de búsqueda y ofreció un millón de pesos como recompensa. Deysi Blanco asumió de nuevo el papel de investigadora y la rastreó en Veracruz porque alguien le avisó que ahí la habían visto. Reunió evidencias y las llevó al fiscal del caso. «Yo te quiero ver tocando las puertas a ver si está allá, quiero que investiguen a

La Fiscalía General del Estado de Quintana Roo ofrece una

RECOMPENSA

De \$ 1,000,000.00

(Un millón de pesos 00/100 m.n.)

A quien aporte información efectiva y fidedigna que contribuya con su detención.

FISCALÍA GENERAL DEL ESTADO
FGE
QUINTANA ROO



Marcos Antonio

998 221 7474

SEDENA SEMAR



fondo, con peritos, eso es lo que quiero tener», le exigió. La Fiscalía de Quintana Roo se coordinó con la Fiscalía de Veracruz, pero Angélica era escurridiza y no la detuvieron. Al tercer día, se entregó de manera voluntaria. Era el 23 de mayo de 2023. Ahora, ambos están reclusos en la cárcel de Cancún, a la espera de que concluyan las investigaciones y reciban una sentencia. Los dos siguen en silencio, a la espera del juicio.

Deysi Blanco supo, por un interno de la cárcel, que Marcos Antonio recibía buenos tratos ahí adentro: televisor, Netflix, un teléfono celular, una celda grande para él solo y un ventilador. No comía lo mismo que el resto de los internos porque un cocinero le preparaba platillos especiales. Ella entró en cólera al recibir la noticia y fue a la Fiscalía a protestar, se metió y tomó las instalaciones. La presión, que acaparó los reflectores mediáticos, hizo que le quitaran esos privilegios a Marcos Antonio. Lo último que supo es que ahora recibe el mismo trato que los demás.



Mucho antes de que todo esto pasara, mucho antes de que su padre le dijera que no buscara más a Fernanda, que ya estaba muerta, Deysi Blanco se sumó por primera vez a un colectivo de madres buscadoras. Ahí conoció a otras mamás que estaban viviendo el mismo vacío y la misma desesperación y comprendió que no estaría sola. Las redes de apoyo se fueron ampliando, reunían dinero y buscaban a uno, luego a otro, hacían marchas, encabezaban bloqueos en la zona hotelera de Cancún, le gritaban al fiscal, a la gobernadora, a quien fuera necesario. En las marchas, en las búsquedas, recibía amenazas de muerte. Una vez, en la colonia Villas del Mar, dos hombres encapuchados se bajaron de una camioneta blanca y se la quisieron llevar.

—¿Eres la señora Deysi? —le preguntó uno de ellos, delgado y moreno, vestido de negro. El otro se quedó al volante.

—Sí, ¿qué quieres? —le respondió ella con firmeza.

— Necesito ir contigo a la Fiscalía para que quites la denuncia que tienes sobre Marcos.

— ¿Y por qué quieres que la quite?

— Es que tu hija está en nuestro poder y, si tú quitas la denuncia, te la entregaremos.

—Ok, pero primero muéstrame pruebas de que en verdad tienen a Fernanda, déjame hablar con ella, haz una videollamada, y si yo veo que es ella, me subo y voy contigo.

El encapuchado comenzó a insultarla y la amenazaba. Deysi Blanco recuerda que estaban armados, pero aun así no se subió a la camioneta. Él la tomó fuerte de la mano y forcejearon. La quería subir a la fuerza, pero ella se aferró a la reja de una casa y comenzó a gritar: «Vecina, vecina, ayúdame». Nadie salió de esa casa. Deysi Blanco no sintió cuando la mano se le dislocó, sólo se percibió a sí misma llorando de ira y de impotencia. Laureano, su esposo, iba a su encuentro, cuando el hombre la soltó y el otro puso en marcha la camioneta. «Cuando vino mi esposo, estaba la mano ya toda inflamada y me preguntó qué me había pasado. Le conté, pero la mano no me dolía».

Hubo algunas diferencias con el primer colectivo de madres al que pertenecía Deysi Blanco y se sumó a otro, al Colectivo Madres Buscadoras de Quintana Roo. Otras mamás también hicieron lo mismo. El 5 de septiembre de 2024, en el cumpleaños quince de Fernanda, Deysi Blanco y un grupo de madres se apostaron frente a la Fiscalía para protestar. Ella, a través de un altavoz, exigía respuestas. Alguien llevó un pastel para la celebración simbólica. Su hija Laura arrojó huevos a la puerta de cristal mientras gritaba «¡Devuélvanme a mi hermanita!». Recientemente, Deysi Blanco inició su propio colectivo. Le puso por nombre Colectivo Búsqueda en Vida Fernanda Cayetana y le mandó a hacer un logotipo con la imagen de la niña, el mismo rostro que está en un mural afuera de la Fiscalía y en su casa de la colonia Nazareno. A través de este colectivo, ayuda a otras madres a buscar a sus hijos, aunque hay madres que se rinden.

—No puedo más, yo lo voy a dejar. Tengo otros hijos, me están amenazando, me dicen que me van a matar y que se van a llevar a mi otro hijo —le contó una madre que dejó el colectivo.

—Eso es mentira. No te llevan, no te matan. Ya te mataron cuando te quitaron a tu hijo, entonces tú ya andas muerta en vida —le respondió.

Deysi Blanco la dejó ir y se enfocó en las que quedaron para darles ánimos y acompañamiento, haciendo las veces de psicóloga o motivadora: «Tú, como madre, levanta la voz, pega el grito, elévate. No estás sola, estoy siempre con ustedes. Yo te abrazo, pero alza la voz por tu desaparecido, no esperes a que otra madre lo haga, porque todas estas mamitas y yo cargamos el dolor de ustedes cuando me platican, cuando las veo llorar». Desde su colectivo, Deysi Blanco ha ayudado a cuatro mamás a recuperar a sus hijas. Son casos distintos a una desaparición forzada, como el de Fernanda. Más bien, se trata de problemas familiares, las hijas huyen de casa y a las dos semanas las encuentran.

Todo esto fortalece a Deysi Blanco, mientras enfrenta también una lucha contra la diabetes y la hipertensión. Dos medicamentos al día antes de salir a gritar o a pegar las fichas de búsqueda de su hija en los postes de las calles. Dice que,

durante los primeros días de la desaparición de Fernanda, psicólogas del Ayuntamiento de Isla Mujeres le dieron apoyo, pero apenas duró dos semanas porque la vieron fuerte y consideraron innecesario continuar. Las psicólogas le explicaron que había asimilado todo muy rápido y lo recuerda así: «Tú ya no te encierras en un mundo de llanto, de estrés, ya no te encierras en un mundo de tristeza, de agobio, tú lo que tienes es coraje, tú sacas todo y tu mente no puede andar contigo. Tú, en un procedimiento, lo desechaste todo, y en vez de que yo te dé una terapia, tú me la das a mí. Tú dices que, viva o muerta, pero que encuentren a tu hija para que tu mentalidad y tu corazón sanen y estés tranquila, pero tú me lo dices a mí, como psicóloga, cuando yo te lo debo decir, no tú a mí. Y ese dolor que tú sientes, yo lo estoy sintiendo, no tú, tú ya no sientes, tú lo que tienes es ira, tú lo que sientes es coraje, tú lo que sientes es la impotencia de que los gobiernos no te hacen caso, tú ya no vives en el mundo de tristeza, de soledad, tú no vives en el mundo de llanto, tú no vives en el mundo de quererse morir. No. Tú vives para buscar a Fernanda, tú vives en tu mundo, y a partir de hoy tu vida es Fernanda, tu mundo es Fernanda. Estrés ya no hay, porque todo es Fernanda; entonces, señora, tú no lo necesitas, al contrario, tú le das apoyo psicológico a las demás mamitas y les das fortaleza».

Consciente de cada palabra de las psicólogas, Deysi Blanco les dijo: «Entonces, si ya no las necesito, retírense». Desde aquella vez que creó su propio mantra en el altar de su hija y se prometió a sí misma no volver a llorar, y desde esa vez que las psicólogas la vieron invencible, Deysi Blanco encerró con candado su sufrimiento y así continúa buscando a su hija.



CRONOLOGÍA DEL CASO

2022

Jueves 21 de julio: Desaparece Fernanda Cayetana Canul Blanco

Domingo 31 de julio: Deysi Blanco pide la intervención de AMLO

Domingo 8 de agosto: Intentan secuestrar a Deysi Blanco en la colonia Villas del Mar

Sábado 6 de agosto: FGE gira orden de aprehensión contra Marcos Antonio

Lunes 8 de agosto: La FGE ofrece un millón de pesos de recompensa por Marcos Antonio

Jueves 11 de agosto: Se filtra video de la última vez que se vio a Fernanda

Viernes 11 de noviembre: Capturan a Marcos Antonio en Chiapas

2023

Miércoles 10 de mayo: Plasman rostro de Fernanda en mural en la FGE

Miércoles 17 de mayo: FGE ofrece recompensa de 1.5 mdp por datos sobre ubicación de Fernanda

Viernes 19 de mayo: FGE ofrece recompensa de 1 mdp por Angélica, esposa de Marcos Antonio

Martes 23 de mayo: Angélica se entrega voluntariamente

Lunes 29 de mayo: Vinculan a proceso a Angélica

2024

Domingo 21 de julio: Segundo año de la desaparición de Fernanda

Jueves 5 de septiembre: Fernanda cumple 15 años. Deysi Blanco protesta en la FGE

EL ORIGEN DE ESTA SERIE

En el cumpleaños quince de Fernanda, Deysi Blanco tomó en sus manos un altavoz y comenzó a gritar contra las autoridades, afuera de la Fiscalía, en Cancún. Esa no era la madre que se había encerrado tras cortinas negras y que se estaba dejando morir de inanición. Era otra muy distinta, con furia, con una necesidad colosal de justicia, dispuesta a todo por volver a abrazar a su hija. En ella hubo una transformación de dos años que debía contarse en este trabajo, como ejemplo de resistencia. Titulada «Retrato íntimo de una madre inquebrantable», esta serie fue realizada a partir de entrevistas a ella, su familia y sus vecinos. Deysi Blanco abrió las puertas de su casa y nos dejó ver lo más íntimo de su vida.



VIDEO
Este es el momento.